Héctor Yanover

RUEGO PARA AGUSTÍN MEAULNES

Arrebatarme quiero de los brazos de hierro,
de pensar cada paso y no darlo,
de sentir la ternura deshecha
rodando como un vaso.
Tú, Agustín, que vives entre helechos y ráfagas,
tú que transitas ojos inconmensurablemente abiertos,
tú que cierras y abres la mano sin haber tomado nada
pero sintiendo entre los dedos y en la palma una extrañeza,
una nostalgia que te obliga a volver,
que te acusa de no haber sido lo suficientemente rápido,
inteligente, sensible.
Tú, Agustín, que no sabemos si tienes a jirones el corazón,
si vistes tus sueños de harapos como los mendigos
para que nadie les pida nada,
si has trizado tus manos como el polvo
para estar en toda partes y en ninguna:
ten lástima de nuestras búsquedas
y haz descender sobre nosotros
el vino de los oficiantes y la autora de las aproximaciones.
Abre tus brazos,
seca nuestras lágrimas con el viento de tus incursiones,
con las hojas que se trasladan a tu paso,
y ampáranos.